

entre ambas religiones. Esto sólo se conseguirá, afirma Shuster, cuando los jefes de la Iglesia Católica le hagan conocer al mundo que el judaísmo no únicamente es el precursor del cristianismo que lo ha sobrepasado, sino que ambas religiones; en lo que se refiere a sus creencias fundamentales, provienen de la misma fuente, y que la civilización occidental es producto de una fusión de las esencias del judaísmo y del cristianismo.

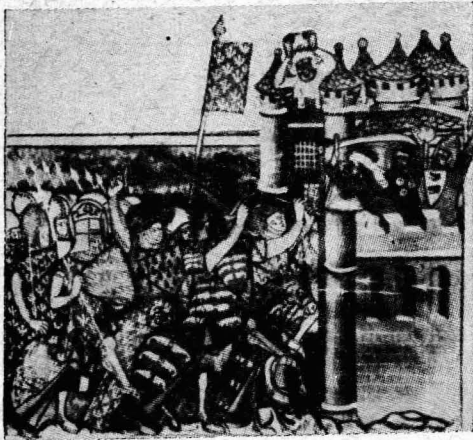
Una semana más tarde, Barbara Ward Jackson, una escritora católica, publicó en el mismo periódico inglés un artículo donde expone sus ideas sobre cómo encontrar una solución positiva para atacar las causas del antisemitismo, mediante la práctica del sentimiento de solidaridad humana. La escritora católica afirma que cuando se estudian seriamente los sucesos históricos que motivaron la división entre judíos y católicos, se puede advertir que no fueron los judíos, ni los romanos, ni un determinado grupo judío o romano, los que traicionaron a Cristo, sino que la traición tuvo su origen en el mismo tipo de actitudes que en todas partes y en todos los tiempos han traicionado a la humanidad: la cobardía de sus propios discípulos, la falta de rectitud de un gobernante que no deseaba arriesgar su carrera política, la hostilidad de una religión "establecida" que se enfrenta con nuevas y perturbadoras fuerzas espirituales, el temor de la gente respetable de todas partes cuando le recuerdan que los pobres heredarán la tierra.

—C. V.

EL PORVENIR DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

En varias publicaciones europeas apareció una serie de reflexiones y respuestas de Isaac Deutscher sobre las extensas y profundas consecuencias del cisma ideológico entre Rusia y China — cuya repercusión más importante será, a juicio de Deutscher, la transformación radical del movimiento comunista. En el grupo dirigente soviético, el primer efecto será un considerable reforzamiento del kruschovismo y de la posición del propio Kruschov, posición que debe su solidez al pacifismo total de las masas en Rusia: la actual generación no olvida que la última guerra costó a la URSS veinte millones de muertos y devastó sus más ricas provincias. Aun los soviéticos que censuran a Kruschov, aprecian el Pacto de Moscú como una disminución real del peligro nuclear. Muchos que están en completo desacuerdo con su política interior y su actitud frente a los intelectuales, no escatiman a Kruschov el mérito que le corresponde en el tratado. El reproche más frecuente al primer ministro no es porque sea muy conciliatorio en relación a los occidentales; es, al contrario, por no serlo bastante. Kruschov deseaba que la firma del Pacto diera lugar a un encuentro "en la cumbre". Kennedy no estaba preparado a tal iniciativa, a causa de la oposición del Pentágono y del Congreso. Se dice, añade Deutscher, que para hacer la guerra se necesitan dos; pero igualmente hacen falta dos para concertar la tregua. Hay que considerar, entonces, si el acercamiento de Kruschov encontrará respuesta en Occidente.

No menos importantes son los demás puntos a que Deutscher se refiere en ese texto. En la imposibilidad de resumirlos, pedimos la lectura y discusión del documento (que hasta hoy no encontró eco

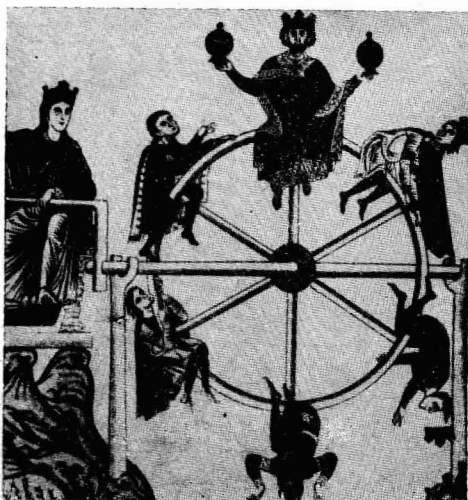


en la prensa mexicana) y terminamos con las mismas palabras de Isaac Deutscher: "... En esta controversia, Occidente debería hacer la prueba de concluir todos los acuerdos posibles con Kruschov, sin dejar de reconocer los derechos de China (como su sede en las Naciones Unidas) y, sobre todo, no aprovecharse de la situación actual para atacarla. Pienso que Occidente debería buscar una política de coexistencia pacífica con los dos campos comunistas."

—J. E. P.

FRANCISCA SÁNCHEZ Y AZORÍN

No hace mucho nos informaron desde Madrid que Azorín había cumplido 90 años, único superviviente de la generación del 98, muertos ya Valle Inclán y Machado, Unamuno y Baroja. Sesenta años atrás, apareció su primera publicación: *La crítica literaria en España*, 1893. Mil veces anunció su retirada, pero Azorín (otro ejemplo de fidelidad casi sobrehumana a la vocación) sigue escribiendo; pocas veces, como también ya apenas, acude a su entretenimiento preferido, junto con la lectura: el cine. Si hace tiempo dejó atrás ese absurdo que llaman "la gloria", su obra conserva algunos admiradores absolutos. La lección de Azorín no se ha olvidado totalmente: el amor a los clásicos, el interés por la historia y la política, el paisaje y el tiempo. En cambio, nadie —que sepamos— recuerda sus novelas como lo que son en un aspecto: verdaderas *anticipaciones* a los *hallazgos* constructivos y descriptivos del *nouveau roman* francés. A semejanza de Miró, Azorín fue un absoluto practicante de lo que hoy llaman la *escuela de la mirada* y su prosa se detuvo en la minuciosa descripción del universo de los objetos. Cuando Azorín sea *descubierto* en Francia, los de su idioma podremos asombrarnos. Sólo de esta manera se ha hecho justicia a Valle Inclán. Hay otra necesaria revaloración: Gómez de la Serna. Mientras, como diría uno de



nuestros clásicos, Azorín sigue siendo uno de esos privilegiados que pueden prescindir de la aprobación de la crítica y hasta del lector, porque es constante el placer que, hoy todavía, podemos encontrar en su lectura.

Poco después otra noticia llegó de Madrid: ha muerto Francisca Sánchez, la mujer de Rubén Darío. Ignoro si volverá a desatarse el anecdótico, el tedioso recuento de las penurias y los pleitos conyugales del gran poeta; o si se invocará la abnegación, la sencillez, la dulzura de una mujer a quien fue deparado (sin demasiada conciencia de su parte, quizá) compartir algunos años con el más grande poeta que ha nacido en nuestras tierras hispanoamericanas. Francisca Sánchez, Azorín: a veces, el pasado regresa a ser materia y forma del presente.

—J. E. P.

LA LUCHA DE LOS ZENGAKUREN

En *France-Observateur* leemos un artículo de Toru Kurokawa, uno de los dirigentes de la *Zengakuren*, movimiento que agrupa a 300 mil estudiantes japoneses y que, sobre encabezar la lucha contra las armas nucleares, tiene objetivos distintos a los del Partido Comunista Japonés, el Partido Socialista y el *Gensuikyo*: Consejo contra las bombas "A" y "H" — al tiempo que no se muestra demasiado de acuerdo con Moscú y mucho menos con Pekín. Algunas de sus tesis parecen próximas a los puntos que defienden los troskistas. Kurokawa, entusiasta de la zona intermedia, declara: "No creemos en las 'bombas socialistas' ni en las 'bombas para la defensa del mundo libre'. Consideramos que sirven de pretexto a los poderes establecidos para acentuar su dominio sobre el proletariado de todos los países. La 'coexistencia pacífica' adosada a los experimentos nucleares no tiene otra significación que el deseo de los dos 'grandes' de mantener los poderes establecidos y continuar repartiendo la dominación y explotación de los pueblos del mundo." Los *Zengakuren* fundamentan su oposición a Mao en que su "lucha contra el imperialismo norteamericano" pasa por alto la existencia de un proletariado en los E.U., siendo que sólo ese proletariado será la fuerza que tenga, un día, la posibilidad de echar abajo la sujeción que actualmente le imponen los altos círculos industriales y militaristas; los *ultras*, enemigos hasta del propio Kennedy, que acusan de comunismo a todo el que se oponga a sus designios; los *ultras* que han visto debilitarse su posición ante el crecimiento de una nueva conciencia liberal en Norteamérica y, sobre todo, el triunfo que significó para los ciudadanos de raza negra la entrada en Washington, en agosto pasado.

A dieciocho años de Hiroshima, los *Zengakuren* han adoptado la resolución de oponerse a toda tentativa de experimentos atómicos y unir estrechamente el movimiento estudiantil a la lucha de la clase obrera por su emancipación. "El porvenir de los *Zengakuren* —nos dice Kurokawa— depende estrechamente de la lucha del proletariado japonés, de las relaciones que puede establecer con los organismos de ultramar que piensen como ellos, y del incremento de la solidaridad internacional para crear un movimiento revolucionario mundial que suprima el capitalismo y el estalinismo."

—J. E. P.